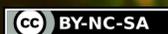


Viaje interior, Amor y Sufrimiento en *La vorágine*

PAULA ANDREA RUIZ VILLA*



CITAR COMO: Ruiz Villa, P. A. Viaje interior, Amor y Sufrimiento en *La vorágine* Episteme. *Revista de divulgación en estudios socioterritoriales*, 16(2). <https://doi.org/10.15332/27113833.10319>

Recibido: 1/08/2024 Aceptado: 7/10/2024

RESUMEN: Este artículo propone una lectura del padecimiento amoroso del personaje Arturo Cova, protagonista de la novela *La vorágine*, a partir de un diálogo con las vivencias de amor de Clemente Silva y Ramiro Estévez, dos personajes que intervienen en la segunda y tercera parte de la narración. Al enseñar el modo en que las vidas de estos personajes consiguen confluir, se espera dar cuenta que es gracias a esta experiencia intersubjetiva que el protagonista logra salir de sí mismo para reconfigurar su experiencia, la cual, no se deriva, como él antes creía, del destino individual de un ser excepcional, sino que es más bien, la de un hombre corriente que se ve obligado a enfrentar su destino con la ayuda de otros.

SERÁ a partir de tales circunstancias que Arturo Cova, influenciado por Ramiro Estévez, elaborará el testimonio que luego entregará Clemente Silva al Consulado de Colombia en Manaus; el cual, al tiempo que le permite denunciar la devastación

que significó para un gran número de personas la explotación cauchera en el territorio amazónico, lo obliga a reflexionar sobre su propio sufrimiento; asumiendo que ha sido su anhelo por el amor de Alicia lo que lo ha llevado a internarse en la selva amazónica en un viaje que es físico, pero también espiritual, y que cobra sentido gracias a la ilusión que alberga el protagonista. **Palabras Clave:** Amor, Sufrimiento, Viaje Interior, Alicia, Arturo Cova, Clemente Silva, Ramiro Estévez.

ABSTRACT: This paper proposes a reading of the love suffering of the character Arturo Cova, protagonist of the novel *La vorágine*, based on a dialogue with the love experiences of Clemente Silva and Ramiro Estévez, two characters who intervene in the second and third parts of the narrative. By showing the way in which the lives of these characters manage to come together, we hope to realize that it is thanks to this intersubjective experience that the protagonist manages to get out of himself

to reconfigure his experience, which is not derived, as he previously believed, of the individual destiny of an exceptional being, but rather, it is that of an ordinary man who is forced to face his destiny with the help of others.

IT will be from such circumstances that Arturo Cova, influenced by Ramiro Estévez, will prepare the testimony that Clemente Silva will later deliver to the Colombian Consul in Manaus; which, while allowing him to denounce the devastation that rubber exploitation in the Amazon territory meant for a large number of people, forces him to reflect on his own suffering; assuming that it has been his longing for Alicia's love that has led him to enter the Amazon jungle on a journey that is physical, but also spiritual, and that makes sense thanks to the illusion that the protagonist has built. **Keywords:** Love, Suffering, Inner Journey, Alicia, Arturo Cova, Clemente Silva, Ramiro Estévez.

Introducción

¡Maldita sea mi estrella aciaga, que ni en vida ni en muerte se dieron cuenta de que yo tenía corazón!

A los cien años de su publicación, la novela *La vorágine*, escrita por el huilense José Eustasio Rivera, continua siendo una obra vigente y representativa de la literatura colombiana y latinoamericana, no solo por la forma en que el autor se vale del recurso estético, a partir del género narrativo y poético, para aproximarse al fenómeno de la violencia y la devastación que significó la explotación cauchera en el territorio amazónico, sino también porque en dicha novela Rivera consigue conjugar un abanico de problemáticas a partir de las cuales es posible trazar distintas rutas de sentido; esto, dependiendo de la voz que resuene con mayor fuerza en la sensibilidad del lector, dada la heterogeneidad de voces que confluyen en la obra literaria.

Tras una visión de esta índole, es posible advertir que cuando la selva amenaza con devorar al protagonista es porque también los demás relatos que conjugan esta narración han logrado desmontar su pensamiento inicial respecto a diferentes ámbitos de la realidad, de modo que las certezas con las que Arturo Cova parte de Bogotá se van desvaneciendo, durante un recorrido que es físico, frente al cual elabora un testimonio de denuncia, pero que es también espiritual y en el que convergen la esperanza, la desesperanza, la violencia, el amor y el sufrimiento.

Por tales motivos, a lo largo de esta narración se sacrificarán otras problemáticas presentes y valiosas en la novela, para abordar el padecimiento amoroso de Arturo Cova a la luz de la experiencia de dos de sus compañeros de infortunio: Don Clemente Silva y Ramiro Estévez, dado que el encuentro con estos dos personajes, será lo que le permita al protagonista correr el manto idealizado con el que buscaba afrontar su destino y sus sentimientos hacia Alicia, para salir de sí mismo y reconocer que es la ilusión por el amor de ella la razón que lo lleva a sumergirse en la selva amazónica de modo voluntario y a resistir el holocausto cauchero, al tiempo que comparte su propio sufrimiento con los demás compañeros de infortunio.

* Estudiante de la maestría en Filosofía Latinoamericana de la Universidad Santo Tomás. Licenciada en Filosofía y Letras de la Universidad Santo Tomás. Correo: paularuizv@usantotomas.edu.co

Bogotá-Casanare-Guaviare

Todos los que hemos leído u oído hablar sobre *La vorágine* sabemos que Cova comienza su relato afirmando que antes de haberse apasionado por mujer alguna, ya había jugado su corazón al azar y se lo había ganado la violencia; que se identificaba como un dominador y no como un enamorado, y que se regocijaba calificando de hastío todo lo que devenía a los saciados antojos, puesto que como el bien decía: la súplica no era lo que sus labios estaban acostumbrados a pronunciar (Rivera, 2015).

Llama la atención, que son los “ojos de Alicia” (Rivera, 2015, p. 19), no ningún otro atributo particular, los que Arturo responsabiliza como los causantes de su desventura, porque su mirada, por razones no comprensibles, había despertado en él la esperanza del afecto puro, una esperanza que, como él mismo reconocía, no podía ser adivinada por nadie, dado lo quieta y silenciosa que permanecía en su corazón.

Era entonces Alicia, ese “amorío fácil” que se “entregó sin vacilaciones esperanzada en el amor”, esa misma que le había revelado los planes siniestros de su familia para lograr un casamiento forzado, a quien ahora Cova le proponía huir de Bogotá hacia los llanos orientales, diciendo: “¡huyamos! Toma mi suerte, pero dame el amor” (p.19-20).

La pareja sale hacia el Casanare, en un recorrido no exento de dudas y contradicciones respecto a la decisión tomada y a la veracidad del fantasma que los perseguía. Apenas iban en Villavicencio y ya sentados en “una casucha” donde esperaban al “jefe de la Gendarmería” (p. 28) ambos sostienen un diálogo sobre el infortunio, y Alicia, en una suerte de premonición, le pregunta a Cova si será capaz de tener el valor de “sufrir y de confiar” (p.27), lo que resulta perturbador para el protagonista, ya que a esas alturas del viaje él creía haber realizado todos los sacrificios considerables que exigía la desventurada empresa en la que se había embarcado de un modo tan irreflexivo y vano.

En el camino hacia el Casanare, Arturo se entera con espanto que los desmayos y las náuseas de Alicia daban cuenta de su estado de embarazo, es cuando decide llorar por todas sus desventuras, considerando a la mujer como un estorbo y una enorme carga. Sin duda, lo avergonzaba el escándalo frente a sus parientes por haber decidido voluntariamente echarse a cuestras a una muchacha pobre y desorientada. En tal momento, Cova estaba seguro de que no era posible encontrar en la singularidad de Alicia “el don divino del amor ideal”, ese que pudiera encenderlo espiritualmente para que su alma destellara en su cuerpo “como la llama sobre el lecho que la alimenta” (p. 19).

Al verla dormida, don Rafael, un hombre mayor de sesenta años que los acompañaba y que había sido compañero de su padre en alguna campaña, le aconseja a Arturo no advertir a Alicia del estado en el que se encontraba, diciéndole, además, que “debía rodearla de todos los cuidados posibles”, hacer “jornadas cortas” y regresar a Bogotá “antes de tres meses”, pues seguro que para ese entonces las cosas ya habrían cambiado de aspecto. Por lo demás, don Rafo le hace saber a Cova que “los hijos, legítimos o naturales” (p. 35), tenían igual procedencia y debían quererse lo mismo, puesto que en Casanare las cosas eran así.

No obstante, Arturo comenzaba su recorrido cargando una gran decepción, pues a Alicia las abejas se le enredaban en los rizos, el sol la congestionaba, y, además, no tenía idea de montar a caballo. Él hubiese querido ver en ella una mujer “más arriscada” (p.21) y ágil, menos bisoña para desafiar la aventura, menos intimidada frente a las miradas interrogativas de todos los demás, cuando estos cuestionaban la naturaleza de su relación. Quizás así, no tendrían que pasar como huéspedes sospechosos en cada posada.

Poseído por tal pesadumbre, una noche Arturo no pudo evitar llorar por sus aspiraciones engañadas, por sus ensueños desvanecidos y por lo que no sería jamás, y mientras enumeraba sus desventuras paulatinamente iba levantando la voz; es entonces cuando comprende que Alicia estaba despierta, en actitud de escucha y que lo miraba: “- ¿Qué quieres?” –le preguntó Arturo, pero el silencio y la mirada penetrante de Alicia lo “desconcertó” (p. 37).

Una vez llegaron al Casanare se instalaron en “La Maporita” (p. 38), hacienda en la que muy cordialmente los acogieron Fidel Franco y la niña Griselda. Allí, Arturo y Alicia permanecieron un tiempo importante, debido al buen trato que les brindaban los anfitriones. A pesar de ello, Alicia deseaba profundamente devolverse para Bogotá tras el retorno de Don Rafael porque, a esas alturas del viaje, estaba segura de que su compañero y ella no compartían el mismo infortunio. Por tal motivo, el día que Don Rafo comienza los preparativos para el regreso, Alicia le dice sollozando: “¡Desde hoy quedaré en el desierto!” (p. 71).

Arturo, por su parte, se sentía vital y satisfecho en el Casanare, aunque algo arrepentido por el “desaguisado” cometido al intentar “enamorar a la niña Griselda con un éxito escandaloso” en los días en que “Alicia había estado con fiebres” (p. 60). Además, comenzaba a fantasear de “ricacho” (p. 65) gracias a la promesa que le había hecho el viejo Zubieta a Fidel Franco frente a la recogida de los “mil toros” (p. 80).

Como Franco le había dado a conocer a Cova que la recogida de los toros sería empresa de ambos, ya que al notar que Arturo no tenía ninguna destreza particular para la vaquería e ignoraba la densidad de las tareas de un llanero, se le encomendaba muy especialmente cuidar la casa y a las mujeres; Cova ya se imaginaba reunido con su familia, contándoles cómo había llegado a los “llanos para dar impulso a la actividad financiera” (p. 65); y, se figuraba entre sus discípulos hablándoles de sus aventuras en el Casanare, exagerando su repentina riqueza, mientras ellos lo felicitaban, “entre sorprendidos y envidiosos” (p. 64).

Pensaba, además, que “los invitaría a comer en su casa, porque ya para entonces tendría una propia, de jardín cercano a su cuarto de estudio” (p. 64). Allí los congregaría para leerles sus últimos versos y con frecuencia “Alicia los dejaría solos, urgida por el llanto del pequeñuelo, llamado Rafael” (p. 64) en memoria del hombre que los había acompañado al Casanare en el viaje que les otorgó el éxito financiero.

Mientras Arturo les daba vuelo a sus desatinadas ínfulas de superioridad, pensaba también, en cómo iba a lidiar con la severidad y el rechazo de los padres: “les mandarí a la nodriza con el pequeño los días de fiesta”, y si al principio se negaran a recibirlo, luego, serían sus hermanas quienes curiosas, alzarían a su



hijo para decir “¡es el mismo retrato de Arturo!” entonces su madre, “bañada en llanto” (p. 64), mimaría al niño gozosa, llamando al esposo para que se decidiera, por fin, a conocer el nieto.

Es así que, cuando Franco hace saber a Arturo que el contrato de los toros con Zubieta se estaba perfeccionando, a Cova “parecía que el administrador de sus bienes le rendía un informe sobre el modo acertado como había cumplido su voluntad” (p. 65). Convencido de que podía llegar a convertirse en llanero experimentado, en su fuero íntimo la pareja que los había recibido en La Maporita pasaban del lugar de anfitriones a ocupar: Fidel Franco el de fiel y diligente capataz; y, la niña Griselda, el de la concubina complaciente del momento.

Cova comenzaba a considerar que, quizás, su vida ya no estaría en la capital, pero sí con Alicia en esas llanuras risueñas. Quería empeñarse en que fuesen dichosos, en grado sumo, para que, si más tarde, la fatalidad los apartaba por diversos caminos, los aproximara el recuerdo y la ilusión de que se amaban y de que su “amor era inmortal” (p. 103). Ni por un momento el protagonista se detenía a pensar que Alicia no era feliz a su lado, y que su escenario *western* podía ser viable solo en sus sueños, porque en el Casanare y en cualquier otro lugar de la tierra “la realidad andaba más despacio que la ambición” (p. 187).

Mientras tanto, la naturaleza se convertía para Cova en un deleitable escenario de fondo, un paisaje bienhechor que solo inspiraba confianza; unas llanuras fascinadoras propicias para vivir con Alicia en la casa que levantaría con sus propias manos a la orilla de un caño de aguas opacas, o en cualquiera de aquellas colinas minúsculas y verdes donde de tarde en tarde se congregarían los ganados, mientras él, “fumando en el umbral, como un patriarca primitivo de pecho suavizado por la melancolía de los paisajes” (p. 104), vería las puestas de sol en el horizonte remoto donde nace la noche; y libre ya de las vanas aspiraciones, del engaño de los triunfos efímeros, limitaría sus anhelos a cuidar de la zona que abarcarían sus ojos.

“¿Para qué las ciudades?” (p. 104) se decía, quizá “su fuente de poesía estaba en el secreto de los bosques intactos, en la caricia de las auras, en el idioma desconocido de las cosas” (p. 104). Allí en esos campos soñó quedarse con Alicia, “a envejecer entre la juventud de sus hijos, a declinar ante los soles nacientes, a sentir fatigados sus corazones entre la savia vigorosa de los vegetales centenarios” (p. 104), hasta que un día llorara él sobre el cadáver de ella, o ella sobre el suyo.

Era este el cúmulo de ensoñaciones que alimentaba la ilusión de Cova en el Casanare. En cada una de las versiones, él era el elegido, el hombre del destino privilegiado, superior a los demás, tanto física como intelectualmente, un domador de tierras y un seductor de mujeres: saciado y feliz; seguro de tener el amor de Alicia y de cualquier otra mujer que se cruzara en su camino. Y, eran estos los pensamientos que alimentaba cuando surge el fantasma de Narciso Barrera con sus fotos de postal sobre la venturosa vida que se podía llegar a tener en las caucherías del Vichada y con las promesas de un porvenir venturoso para los campesinos de la región.

Es entonces, cuando Arturo comienza a temer la pérdida de Alicia, y con tal amenaza se va destiñendo su sueño de patriarca de pecho suavizado por los paisajes

casanareños. Una noche soñó que “Alicia iba sola, por una sabana lúgubre, hacia un lugar siniestro donde la esperaba Barrera” [...] “Agazapado en los pajonales” iba Arturo espiándola con una escopeta; “más cada vez que intentaba tenderla contra el seductor, esta se convertía entre sus manos en una serpiente helada y rígida” (p. 51).

Otra noche, volvió a soñar con Alicia y “la veía desgredada y desnuda, huyendo” (p. 51) entre las malezas de un bosque nocturno. Ese día tuvo que beber licor para interrogar a la niña Griselda sobre las intenciones que podía llegar a tener Barrera respecto a su compañera. Es entonces cuando Griselda, algo despechada por los desplantes posteriores al desaguisado de la seducción, aprovecha para sacarse la espina y responderle con las siguientes palabras: “Vos no la podéis obligá ni a que te quiera ni a que te siga, porque el cariño es como el viento; sopla pa cualquier lao” (p. 77).

Cova, a quien Fidel, consciente de la poca experiencia de su compañero en las faenas de la vaquería, le había confiado el cuidado de la hacienda y de las mujeres mientras salía a buscar los toros, se encolerizó tanto con la respuesta de la niña Griselda, que la golpeó. Cuando Alicia llegó para evitar el maltrato y poner a Cova en la hamaca advirtiendo su estado de embriaguez, él le grita fuertes palabras y la califica de mujer fácil. Luego sale en busca de Zubieta para, de una vez por todas, cerrar su parte en el trato de los toros y ver consolidada su hacienda.

Durante el tiempo que transcurre en los dominios de Zubieta, Cova sostiene un enfrentamiento con Narciso Barrera del cual sale muy mal herido y casi inconsciente, por lo que tiene que durar varios días tendido en una hamaca a merced de los cuidados del “tuerto Mauco” (p. 85) y de Clarita, mujer y empleada en el bar de Zubieta. Ya sobrio, lo acongojaba el hecho de haber ofendido injustamente a Alicia tras la partida. Pese a todo, deposita su ilusión en una espontánea reconciliación, la cual, día tras día, comienza a tornarse inmensamente dulce, anunciándose “como aroma de sementera”, como lontananza del amanecer” (p. 103).

Entregado a sus acostumbradas ensoñaciones, deseaba que Alicia fuera a buscarlo, “obedeciendo al amor”, entonces lo haría “suyo para siempre”. La imaginaba reprochando sus faltas, mientras llenaba con gracia los hoyuelos de sus mejillas; al tiempo que él ponía en juego su habilidad para retardar el instante del “beso gemebundo y conciliador” (p. 106). Así, mientras Barrera aprovechaba la soledad de las mujeres para avanzar con el enganche del personal, Cova gastaba los días imaginando la mejor manera de exhibirse ante la llegada de su amada.

Un día, por ejemplo, pensaba que era mejor recibirla con “descuido en el traje, los cabellos revueltos, el rostro ensombrecido de barba, aparentando el porte de un macho almizcoso y trabajador”; al otro, se le ocurría, más bien, irse del ható para que Alicia al llegar no lo encontrara, pues él luego llegaría confundido entre los vaqueros, “trayendo a la cola del potrejón algún toro iracundo” que lo persiguiera bufando y le echara a tierra la cabalgadura, de modo que Alicia, desfallecida de pánico, pudiera verlo “rindiendo el toro con el bayetón, entre el anhelar de la peonada atónita” (p. 107).

Por su parte Alicia, a quien, a su vez Barrera le había anunciado que Arturo andaba de fiesta con Clarita y que se iba con ella para Venezuela, cede ante la





insistencia de Griselda y de los demás campesinos para embarcarse en la excursión que este hombre lideraba bajo la promesa de un próspero porvenir. De manera que, cuando Cova llega a la hacienda, no hay que hacer ninguna pantomima porque Alicia ya no está. Es entonces cuando Cova siente que Dios lo ha abandonado. En tales circunstancias, Franco prende fuego a la vivienda y Cova poseído por la demencia se precipita a arrojar a las llamas; más los demás alarmados porque éste había perdido el juicio se apresuran a detenerlo, recordándole que era necesario vivir para perseguir a los fugitivos y “vengar la ofensa” (p. 129).

La ilusión del reencuentro con Alicia, que en la finca de Zubieta alimentaba el anhelo del amante por unirse a la amada, se convierte en rabia y deseo de destrucción. Al avanzar por el territorio, el poeta ya no consigue ver los pozos glaucos, ni las casas risueñas; se encuentra, más bien, con una región desconocida, que comienza a ensancharse de forma inhumana: con árboles deformes y enredaderas advenedizas. Va describiendo el escenario de forma lúgubre porque lúgubre era también el mundo que conseguía pintar en su mente.

En la búsqueda febril por encontrar a Alicia, Cova se va internando en las profundidades de la selva, mediante un recorrido paralelo al descenso que emprende el personaje de Dante en el infierno de *La Divina Comedia* (Alighieri, 1968), dado que para Dante el amor es principio del movimiento, causado por el anhelo y por el dolor. Dicho anhelo, implica necesariamente recorrer un espacio, ya sea espiritual o físico, en función de alcanzar el objeto amado. Un desplazamiento que no está justificado por la razón, pero sí por el corazón como sede de los movimientos del alma.

Frente a *La Divina Comedia* sabemos que Beatriz muere y Dante inicia su recorrido hacia un cielo en el que espera encontrarla, Pese a ello, comienza por el infierno. Cova por su parte, sabe que Alicia está viva y su paisaje dantesco serán las caucherías del Vichada. Por ello dice en sus delirios:

y convencido de que era un águila, agitaba los brazos y me sentía flotar en el viento, por encima de las palmeras y de las llanuras. Quería descender para levantar en las garras a Alicia, y llevarla sobre una nube, lejos de Barrera y de la maldad. Y subía tan alto, que contra el cielo aleteaba, el sol me ardía el cabello y yo aspiraba el ígneo resplandor (p.78).

Ahora bien, mientras Dante idealiza a Beatriz, y “empeñado en cumplir el voto que hiciera en su juventud (1292 ó 1293), de enaltecer a su amada” (Alighieri, 1968, p. 12), en todos los momentos de su recorrido hace visibles sus cualidades y virtudes, afirmando “quello che mai non fue detto d’alcuna”¹ (p. 12), Cova reniega de Alicia y enumera sus descuidos y defectos diciendo:

Alicia era ignorante, caprichosa y colérica. Su personalidad carecía de relieve: vista sin el lente de la pasión amorosa, aparecía la mujer común, la de encantos atribuidos

1 “Lo que nunca ha sido dicho por nadie” (Alighieri, 1968, p. 12)

por los admiradores que la persiguen. Sus cejas eran mezquinas, su cuello corto, la armonía de su perfil un poquillo convencional [...] Jamás escogió un perfume que la distinguiera; su juventud olía como la de todas ¿Cuál era la razón de sufrir por ella? (p.142).

Pese a todos los intentos por desembarazarse de su anhelo, al final y con “humillada pena” Arturo tenía que advertir que Alicia se embozaba en el velo de su ilusión, y aunque procurara “manchar con realismo crudo” sus recuerdos, “la intrusa resurgía en el pensamiento” (p. 147). De este modo, por momentos la imaginaba con Barrera en “sensual coloquio” (p. 156), y, dominado por sus deseos de venganza y destrucción quería como un halcón caerles de sorpresa. Luego, pensaba que el traidor la habría vendido por “diez quintales de goma” que era por lo que avaluaban a las mujeres los centinelas; entonces sentía un sombrío pesar que después se iba convirtiendo en satisfacción al imaginar que Alicia hubiera conocido la esclavitud: “¡Qué vengador el latigazo que la hiriera!” (p. 163).

Andaría por los montes sórdida, desgredada, enflaquecida, portando en la cabeza los calderos llenos de goma, o el tercio de leña verde o los peroles de fumar. De noche dormiría “en el tambo oscuro con los peones, en hedionda promiscuidad defendiéndose de pellizcos y de manoseos”, sin saber quién la forzaba y poseía, “en tanto que la guardia pasaría número como indicando el turno a la hombrada lúbrica: ¡uno!... ¡dos!... ¡tres!”. De este modo, Cova pasaba de los pensamientos orgiásticos, al látigo vengador, al tiempo que iba sintiendo un “colapso sibilador” (p. 163) y su cabeza se desangraba bajo sus uñas.

Luego venían otras ideas a su mente:

Quizás no estaba de peona en los siringales, sino de reina en la entablada casa de algún empresario, vistiendo sedas costosas y finos encajes, humillando a sus siervas como Cleopatra, riéndose de la pobreza en que Cova la había tenido, sin poder procurarle otro goce que el de su cuerpo. Desde su mecedora de mimbres, en el corredor de olorosa sombra, suelta la cabellera, amplió el corpiño, vería desfilar a los cargadores con los bultos de caucho hacia las balandras, sudorosos y desgarrados, mientras que ella, ociosa y rica, entre los abanicos de las iracas, apagaría sus ojos en el bochorno, al son de una victrola de sedantes voces, satisfecha de ser hermosa, de ser deseada, de ser impura. ¡Pero Cova era la muerte y estaba en marcha! (p. 164)

Será pues, en ese padecer de sentimientos encontrados, que Cova continúe desplazándose de las planicies ilimitadas a la selva tupida e inexpugnable, y en esa misma trama de movi­lidades construida también desde su propia subjetividad, el protagonista irá recorriendo un espacio físico y espiritual, en el que deambula sin cesar desde el rencor, el escepticismo y la venganza, a la nostalgia, la ilusión y la esperanza.



Encuentro con Don Clemente Silva

En el Guaviare, Cova se encuentra con Don Clemente Silva, un anciano “apodado el Brújulo”² (p. 222) por su capacidad para desplazarse en la abundante vegetación de la inaccesible selva. Don Clemente había decidido internarse allí, por voluntad propia, para buscar a su hijo Luciano, quien a los doce años abandonó su casa paterna e ingresó en las caucherías. Desde entonces, Silva se había hecho cauchero para recorrer los barracones, y en cada árbol que se le encomendaba desangrar escribía: “Aquí estuvo Clemente Silva en busca de su querido hijo Luciano” (p. 201).

Pese a los esfuerzos, su búsqueda, en la que había tenido que vivir todo tipo de ultrajes y violencias, no llegaba a arrojar ningún resultado. Recuerda el viejo que la noche de su llegada al campamento cauchero de “La Chorrera” (p. 197) celebraban el carnaval:

frente a los barandales del corredor discurría borracha una muchedumbre clamorosa. Indios de varias tribus, blancos de Colombia, Venezuela, Perú y Brasil, negros de las Antillas, vociferaban pidiendo alcohol, pidiendo mujeres y pidiendo chucherías. Entonces, desde una trastienda, aventábanles triquitraques, botones, potes de atún, cajas de galletas, tabaco de mascar, alpargatas, franelas, cigarros (p. 198).

Festejaban esa noche la magnificencia del nuevo propietario, “el señor Arana”, quien había formado “una compañía que era dueña de los cauchales de La Chorrera y los de “El Encanto”. Ese día tendrían “cuarenta mujeres”, las cuales “repartirían de tiempo en tiempo entre los trabajadores” (p. 198) que se distinguieran. Además, prometían someter tribus indígenas para que el trabajo fuera más llevadero, y exigían a cualquier indio que tuviese mujer o hija presentarla en el establecimiento para saber qué se hacía con ella.

Mientras la fiesta seguía coreada por exclamaciones y aplausos, Don Clemente Silva “se escurría por entre la gente”, temeroso de hallar a su hijo en tales circunstancias. Fue la primera vez que no quiso verlo. Sin embargo, “miraba a todas partes” y preguntaba: “Señor, ¿usted conoce a Luciano Silva? Dígame, ¿entre esa gente habrá algún pastuso? ¿Sabe usted, por casualidad” ... pero las preguntas “producían hilaridad en la multitud borracha”, por lo que Don Clemente comenzó a gritar: “¡Luciano! ¡Lucianito, aquí está tu padre!” (p. 199-200) pero solo se escuchaban carcajadas.

Ya lo conocían en todas las caucherías como el viejo “flojo y destornillado” que, “en vez de picar los árboles” para extraer el caucho, “grababa letreros en las cortezas con la punta del cuchillo”, donde quiera que se fuera, “por todas las estradas la misma cosa: Aquí estuvo Clemente Silva en busca de su querido hijo Luciano” (p. 201). Los capataces aprovecharon un día para decirle que Luciano sí estaba en las cuentas por cobrar y que era necesario que el viejo pagara su deuda

2 Letrado, ducho en números y facturas, perito en tratos de goma, conocedor de barracas y siringales, avisado en lances de contrabando, buen mercader, buena boga, buen pendolista (p. 222)

con la casa que tenía en Pasto. Pese a todo ello, Luciano era apenas un fantasma que las personas describían de modo bastante borroso.

En uno de los campamentos, Silva tuvo conocimiento de que su hijo se había cruzado con la “turca” Zoraida Ayram, una mujer que recorría los barracones intercambiando caucho por mercaderías, y que además era proclive al comercio de esclavos. En dicho momento, el viejo Silva se ofrece para someterse a la vil condición de criado mendigo y transportar a la mujer por los más peligrosos lugares. En cada recorrido, no perdía oportunidad para preguntarle a la Zoraida si su hijo Luciano había realizado una cosa o la otra, si tenía buena salud y, sobre todo: si daba cuenta de “modales nobles” (p. 224).

A Zoraida tales cuestionamientos le causaban mal humor, y se apresuraba a responderle al viejo que si seguía de “atrevido y necio” (p. 224) interrogándola como un pariente, vendería su cuenta por “dos mil soles” en el primer lugar en el que desembarcaran, pues a ella los buenos modales la tenían sin cuidado, y de los hombres solo necesitaba inventariar sus “lindas caras” (p. 224) porque ahí estaba el negocio, en preferir clientes gallardos. Es al oír estas palabras de parte de la mujer que Silva responde:

Ocho años llevo de buscar al que se me vino, y él, quizá mientras yo lo anhelo, nunca habrá pensado en hallarme a mí ¡El dolor de esta idea es suficiente para abreviar mi pesadumbre, porque soy capaz, en cualquier instante, de soltar el timón del bongo y lanzarme al agua! ¡Solo quiero saber si Luciano ignora que lo busco; si topaba mis señas en los troncos y en los caminos; si se acordaba de su mamá! (p.224).

Será mucho después, que Don Clemente Silva llegue a conocer la causa de la muerte de su hijo: este se había enamorado de la “turca”, y luego de un corto amancebamiento, ella lo había remplazado. Es por ello que Luciano, después de intentar besarla, se había disparado en la cien, salpicando los senos de la mujer con la sangre. Estas eran las razones por las cuales los interminables interrogatorios del viejo le causaban a Zoraida: repudio y fuertes “cefálicos” (p. 226). Por eso, tras conocer que Don Clemente era el padre del muchacho, se había empeñado en sepultarlo con trabajo, de modo que no pudiera salir en la búsqueda de los restos del hijo, ni cumplir su aspiración de darle cristiana sepultura.

Todos estos padecimientos le fueron contados por el anciano a Cova, y, en cada una de las historias Silva se cuidó de hacer énfasis en que los restos de su hijo Lucianito eran lo más importante, en medio de todas las demás aflicciones. Dieciséis años llevaba en la selva, donde había podido conseguir fama de letrado, buen boga, experto en tratos de goma y conocedor de barracas y siringales. Sin embargo, unos restos eran para él el verdadero tesoro. Incluso, por su hijo muerto, había decidido prolongar la esclavitud, “hasta que la tierra le permitiera exhumar los restos”, dado que, algunas falanges del cuerpo aún estaban frescas (p. 249).

Al escuchar el relato de Cova y sus compañeros, Silva se percató de que, a pesar la imagen de superioridad que buscaban mostrar, en su errancia venían caminando en círculo, y que, además, sus pensamientos vagaban del mismo modo. Es por ello que Clemente, no solo se convierte en la persona que luego los conduciría



a los barracones del Guaracú, sino que, es también el hombre que, con su ejemplo, cordura y sensates, en medio de unas circunstancias precarias, los ayuda a mantener la dignidad.

Silva les contará que su expulsión de “la hermosa quinta del Naranja” en el alto Río Negro, en los tiempos en que estuvo bajo el mando del “turco Pezil” (p. 249), se debió al hecho de negarse a cumplir la orden de desnudar y a azotar a unas mujeres que, al reñir en la cocina, habían despertado a su señor.

Una vez llegaron a los barracones del Guaracú, Silva les hace saber que el “grupo de niñas de ocho a trece años” que ellos veían sentadas en el suelo de un caney, terciando a sus desnutridos hijos, eran las queridas de los amos. Estas habían sido cambiadas por cachivaches o arrancadas “de los bohíos como impuesto de esclavitud”. Después, eran “compelidas al lecho” y “descaderadas por sus patrones”, hasta que un día “entecas y taciturnas” llegaban a sufrir, “el espanto de sentirse madres, sin comprender la maternidad” (p. 283-284).

Las experiencias contadas por Don Clemente Silva, tuvieron que haber tenido gran relevancia para Cova y para sus compañeros porque los testimonios eran entregados por la boca de un hombre justo y compasivo, quién, aunque narra con dolor, era capaz de hablar de amor sin “omitir en su narración lo sagrado y lo sentimental” (p. 196), pues eran tales emociones las que le otorgaban esperanza en medio de las más crueles arbitrariedades.

Don Clemente Silva también escuchó de Arturo la historia de Alicia, y abogó por ella para que no se le juzgara por su decisión, ofreciéndose además para ayudar al grupo a encontrar los ausentes, al tiempo que esperaba completar los huesos de su hijo Luciano para darles cristiana sepultura.

Encuentro con Ramiro Estévez en las barracas del Guaracú

El encuentro con Ramiro Estévez es principalmente relevante para Cova porque con él se establece otra mirada y otra intención frente a su vivencia de amor. Ramiro no estaba en la selva para encontrar, sino para olvidar y quizás, también, para olvidarse de sí mismo. En su juventud, había sido amigo de Cova. Sabemos por el protagonista que tuvo oportunidad de viajar y comparar distintas civilizaciones. Además, era instruido, y Arturo consideraba que comprendía muy bien a hombres y mujeres de todas las culturas, “eso le daba una sonrisilla sardónica que tomaba relieve cuando ponía en sus juicios la pimienta del análisis y en sus charlas la coquetería de la paradoja” (p. 285). Cova lo describe del siguiente modo:

Él era magnánimo; impulsivo yo. Él, optimista; yo, desolado. Él, virtuoso y platónico; yo, mundano y sensual. No obstante, nos acercó la semejanza, y, sin desviar las innatas inclinaciones, nos completábamos en el espíritu, poniendo yo la imaginación, él la filosofía (p. 284)

Luego, Ramiro se había enamorado de “cierta beldad de categoría” y su loca ilusión lo llevó al desastre. Se volvió melancólico y reservado y acabó por distanciarse de todo. Algún día, Arturo le había dicho por indagarlo: “Quiera el destino

reservarle mi corazón a cualquier mujer cuya parentela no se crea superior, por ningún motivo, a mi gente” (p. 285), y Ramiro le contestó: “Yo también he pensado en ello. ¿Pero qué hacer? ¿En esa doncella se detuvo mi aspiración!” (p.286).

Al poco tiempo de su fracaso sentimental, Cova no lo había vuelto a ver, decía su familia que emigró, a no se sabe dónde, pero que “la fortuna le había sido risueña”, ahora Cova lo encontraba en las barracas de Guaracú, “hambreado, inútil, usando otro nombre y con una venda sobre los párpados”. Dado que “estaba cambiado, ni un apretón, ni una palabra cordial, ni un gesto de regocijo” por el inesperado encuentro, Arturo adoptó un mutismo glacial, para luego mortificarlo diciéndole secamente: “- ¿Se casó! ¿Sí sabías que se casó?; y al influjo de esta noticia, resucitó para Arturo “un Ramiro Estévez desconocido, porque en vez del suave filósofo apareció un hombre mordazmente amargo, que veía la vida tal como era por ciertos aspectos” (p. 286). Nos dice Cova:

Porque Ramiro no advirtiera que su talento provocaba mi admiración, aparenté displicencia ante sus palabras. Quise tratarlo como a pupilo, desconociéndolo como mentor, para demostrarle que los trabajos y decepciones me dieron más ciencia que los preceptores de filosofismo, y que las asperezas de mi carácter eran más a propósito para la lucha que la prudencia débil, la mansedumbre utópica y la bondad inane (p. 288).

No obstante, Ramiro era el hombre que, según don Clemente Silva, había presenciado “las tragedias de San Fernando del Atabapo” (p. 289), una feroz matanza que tuvo lugar por designio del coronel Funes. Más “no pienses que al decir “Funes” [Ramiro] nombra a persona única. Funes es un sistema, un estado de alma, es la sed de oro, es la envidia sórdida. Muchos son Funes, aunque lleve uno solo el nombre fatídico” (p. 300). Como Cova estaba empeñado en escuchar esas crónicas pavorosas, Ramiro lo persuade para que escriba en los libros de cuentas cada uno de los acontecimientos vividos y escuchados, que serían la denuncia que luego Clemente Silva debería presentar al Cónsul de Colombia en Manaos.

De esta manera, Arturo se embarca en un ejercicio de introspección que lo obliga a recoger su experiencia y preguntarse por el sentido de su lucha; escribe y escribe páginas y páginas en las que va exponiendo su relato, sintiendo cada vez mayor pesadumbre, y viendo que su vida no había conquistado lo trascendental, y que “en ella todo resulta insignificante y perecedero” (p. 297). Este ejercicio, tuvo que haberle permitido a Arturo reflexionar sobre afirmaciones realizadas en un tiempo en que ni él mismo tenía conocimiento de sus propias posibilidades, como el hecho de jugar su corazón al azar o entregárselo sin mayor resistencia a la violencia.

El escrito en el cual ahora incorporaba los demás testimonios le permitía expandir su propia vivencia, y, la vida sobre la cual ahora reflexionaba se reconfiguraba al ritmo de los acontecimientos vividos y compartidos. Ya sabiendo que Barrera estaba cerca, Cova logra establecer un encuentro con Griselda, quien ahora era esclava de Zoraida Ayram. Cuando la mujer lo ve, corre a abrazarlo, pero él se adelanta y la rechaza a secas, entonces ella pronuncia las siguientes palabras:

-que el cariño y el viento soplan de cualquier lado. -Hice mal en decirte eso. Como vos me gustabas y la niña Alicia quería regresá... Pero ya ves qué viento tan inhumano,



tan espantoso: cayó sobre toos y nos ha dispersao que ni basuras, lejos de nuestra tierra y de nuestro cariño (p. 328).

Llegando a las circunstancias narradas, Cova descubre que solo estableciendo lazos con los otros es posible sobrevivir, pues su vida no era la de un ser excepcional, sino la de un hombre corriente, con un destino común al de todos los que con él confluían en la misma vorágine. Además, Cova consigue cuestionar su propia voz cuando admite que las acusaciones realizadas frente al comportamiento de Alicia eran producto de sus celos y de una falsa hombría burlada. Por eso le dice a Ramiro:

Te irás conmigo [Ramiro] ¿verdad? [...] ¡A encentrarnos en el Brasil! ¡Trabajaremos como peones, donde no nos conozcan ni persigan! ¡Con Alicia y nuestros amigos! ¡Esa varona es buena y yo la perdí! ¡Yo la salvaré! ¡No me reproches este propósito, este anhelo, esta decisión! No tomes a mal que [Alicia] sea mi querida; hoy es solo una madre en espera de su propio milagro [...] ¡piensa que Alicia no ha delinquido, y que yo, despechado, la denigré! [...] vamos a buscarla a Yaguanarí (p. 333)

Sin embargo, la experiencia de Ramiro era distinta. Marina, su amor, estaba muy lejos del Vichada, y quizás era feliz con otro. Al ver la desolación de su amigo, Arturo le interroga: ¿Piensas quedarte aquí, donde la timidez te remachó cadenas? (631) Y Ramiro le contesta: “La timidez y la reflexión, [...] y puedes añadir estas otras causas: el fracaso, la decepción” (p. 331). De modo que Cova insiste: Pero Ramiro ¿no te entusiasma la libertad? Y Ramiro contesta: “Ella no me bastó para ser feliz” (p. 331). -Vete Arturo, “la vida nos amasó con sustancias disímiles. No podemos seguir el mismo camino. Si algún día ves a mis padres, cúrate de decirles dónde estoy. ¡Caiga el olvido sobre el que nunca puede olvidar!” (p. 332).

Las frases con que Ramiro decía adiós hicieron llorar a todos los presentes. Y “todo por el amor a aquella Marina cuyo dulce nombre le escribió el destino entre dos palabras: ¡siempre! ¡Jamás!”. En ese momento, Cova comprendió que su amigo “se despedía de la ilusión y de la juventud” (p. 332), pero también de él y los demás compañeros, quienes, en la ejecución de la fuga, ya debían abandonar las barracas para subir al bongo.

Pese al remolino de acontecimientos, logran escaparse. Arturo y sus compañeros se enfrentan a Barrera y se reencuentran con Alicia, quien, con grandes dificultades, logra traer al mundo a su hijo sietemesino. La escasez de víveres y la constante amenaza de persecución hacen que el grupo decida adentrarse más en la selva, no sin antes trazar un croquis de la ruta imaginada, y dejar algunas señas para que Don Clemente Silva pudiera ir a buscarlos a su llegada.

Pero lejos del final de cualquier otra novela, el prólogo de *La vorágine* da cuenta del último cable del cónsul, dirigido al ministro y relacionado con la suerte de Arturo Cova y sus compañeros, dice textualmente: “Hace cinco meses búscalos en vano Clemente Silva. Ni rastro de ellos. ¡Los devoró la selva!” (p. 343).

¿Le ocurrió esto solo a Cova y a sus compañeros? O “por este proceso- ¡Oh selva! -hemos pasado todos los que caemos en tu vorágine” (p. 248).

Referencias Bibliográficas

Rivera (2015). J. *La Vorágine*. Biblioteca Básica de Cultura Colombiana.

Recuperada en <https://siise.bibliotecanacional.gov.co/BBCC/Documents/Doc/209?AspxAutoDetectCookieSupport=1>

Alighieri, D. (1968). *La Divina Comedia*. Prólogo de Marcial Olivari. Ilustraciones de William Blake. Ediciones Nauta Barcelona

